

—No es aquí donde le puedo olvidar, dijo la joven, volviéndose hácia el convento; es necesario que yo rompa mi cuerpo para matar mi corazón: necesito los rudos deberes de la hermana de la caridad.

XII.

LA LUCHA Y LA CRISIS.

Si el duque de Parisis se habia enamorado de la marquesa, la marquesa se habia vuelto loca por él.

El joven se confesaba á sí propio que se tomaba gran molestia en conquistar no un corazón, pues hacia ya tiempo que estaba conquistado, sino para ese bien mas visible y mas humano que se llama cuerpo: Un harapo segun Diógenes. Toda una mujer segun decia Don Juan.

El marqués de Fontaneilles habia marchado á Lóndres donde habia de comprar caballos y donde era aguardado por su amigo lord Harttfort para hacer algunas visitas en el Devonshire donde iba todos los años.

La marquesa se habia quedado sola en Paris y debia encontrarla en Fontaneilles ó en Ems. Desde que amaba á Octavio habia palidecido, no respiraba sino á medias, la fiebre se apoderaba de ella con frecuencia y su médico la habia aconsejado que fuese á Ems por una temporada. El agua providencial de Ems y el balsámico aire de las montañas vecinas debian

calmar los primeros ataques de una afección en el pecho. Se había convencido en que si la señora de Fontaneilles marchaba á Ems se llevaría allí su joven hermana, aquella hermosa Clotilde de Joyeuse, aquellos diez y ocho años que se despertaban ligeros y sonrientes bajo la más hermosa cabellera rúbia que había brillado en Francia desde la señorita de Fontanges.

La señora de Fontaneilles no sabía que hacer: todas las mañanas resolvía partir á la hacienda de su marido; todas las tardes resolvía marchar á Ems; pero todas las noches se quedaba en París.

Esto consistía en que todas las noches recibía en visita á Parisis.

La señora de Fontaneilles una vez en la batalla no había sabido defender su corazón. Había dado su alma pero defendía su virtud bien como si se pudieran hacer dos partes, una para Dios y otra para el diablo.

Octavio no dudaba de su triunfo. Cierta noche la marquesa había caído ya en sus brazos casi desmayada diciendo que quería morir. Se confesaba vencida, pero le suplicaba juntando sus manos que la matara con sus abrazos, á fin de no despertar más de aquel sueño.

Derramó tantas lágrimas en aquella noche, que Parisis se sintió desarmado. Una mujer que se dá es á veces más difícil de coger que una que resiste: una mujer que lucha está más próxima á ser derrotada

que una mujer que se cruza de brazos porque la embriaguez del combate la precipita en su caída.

Al siguiente día de esta noche memorable el señor de Parisis pensó formalmente en no visitar más á la marquesa. Preveía una pasión violenta que se saldría de su cauce; nada podría contenerla; él mismo se ahogaría en ella por más que supiese evitar siempre el mal que ocasionaba. El señor de Morny, que le conocía perfectamente, decía de él: «Parisis pone fuego en los monumentos, pero no se quema en ellos; ni siquiera se inquieta de si acudirán ó nó los bomberos.»

Pero la sabiduría guía difícilmente la razón de los hombres; si Parisis hubiese vuelto á Parisis todo el mundo hubiera sido feliz, él el primero, y sobre todo la duquesa de Parisis y más que esta la señora de Fontaneilles.

Por qué no marchó? Porque no había perdido aun el hábito de las conquistas. Era como Napoleón: quería llegar á Moscov: el conquistador de mujeres es como el conquistador de ciudades; no quiere retroceder en su camino aunque en él le aguarde la muerte.

El duque de Parisis no marchó porque era feliz desde hacía siete meses, porque el terrible destino de los Parisis se debía mostrar muy luego en todo su horror.

XIII.

EL AMOR DE LA RESISTENCIA ES TAN IMPERIOSO
COMO EL DESEO DEL AMOR.

Hacia las cinco Octavio volvió á casa de la señora de Fontaneilles, á la cual encontró mas adorablemente hermosa que nunca.

—No os aguardaba, dijo ella: mas ya que habeis vuelto, mi suerte está echada: seré vuestra querida.

Y como Octavio cerrara sus labios con besos harto elocuentes, se desprendió de él para manifestarle sus deseos.

—Amigo mio, le dijo, os amo y os doy mi vida: quizá Dios me dispensará la gracia de morir muy pronto. No creo en los años segun el almanaque; creo en los siglos segun el corazon. He vivido mas desde que os amo que lo que habia vivido hasta hoy: así pues no me prohibo nada á mí misma.

Y como Octavio quisiese tomar al pié de la letra estas frases:

—Dejadme continuar, prosiguió con dulzura la jóven. Os confieso que aquí mismo, en este palacio, que es el palacio del señor de Fontaneilles, no quiero

desafiar semejante traicion. Desde que os amo, no creo estar en mi casa aun cuando me halle en mi casa.

—Que el diablo la lleve! pensó Octavio, hé aquí que vuelve á evocar su conciencia: la victoria está comprometida.

Y añadió en voz alta:

—Pues bien, hermosa mia, venid...

—Chist! interrumpió, no vayais á decir que vaya á vuestra casa.

Parisis vió aparecer la imágen de Genoveva.

—Ni en mi casa ni en la vuestra, añadió la marquesa de Fontaneilles.

—Os comprendo: en nuestras casas, dijo Octavio, existe un alma que es nuestra propia conciencia. Voy á proponeros una cosa muy sencilla: vamos á coger un coche de plaza é iremos al Grande Hotel, á la Fonda del Louvre, como viajeros que llegan á Paris.

—Oh! nó: lo he pensado; mas no es esto. Es indispensable que yo os ame con todas mis fuerzas, pero con el aire vivo de los montes, léjos de Paris, léjos de Francia, en Ems.

Octavio se dijo que era un punto muy lejano.

—No contestais? preguntó con ansiedad la marquesa.

—Este es mi sueño como el vuestro, respondió Octavio; pero no olvideis que me aguardan en Parisis y que si no llego allí mañana, pasado mañana Genoveva llegará á Paris.

—Entonces, mi buen amigo, vos ireis á Parisis y yo me dirigiré á Ems. Adios.

Octavio no se resignaba á tal despido. Miró á la señora de Fontaneilles y no pudo menos que decirse:

—Qué hermosa es!

Per mas que la mujer sea todo corazon, todo alma, todo sentimiento, nunca olvida la figura visible. Aun aquellas que no creen en la fuerza de los sentidos, ponen en campaña todas sus coqueterías.

En aquel dia, aunque la marquesa no habia pensado mas que en echar agua en el fuego, tenia no sé qué de provocador en su cabellera á la Recamier, en sus ojos llenos de amor, en su inquieto y agitado continente que daba un voluptuoso movimiento á su garganta que cubria apenas un ligero vestido de muselina algo entreabierto y cortado á la Pompadour.

Octavio cogió sus manos, se apoderó de sus brazos, rodeó sus hombros y la apoyó con violencia á su corazon, diciendo:

—Iré á Ems.

Se lisongeaba con esta promesa de vencerla en aquel instante; mas la jóven salió victoriosa de sus brazos.

Cuando Octavio cogió su sombrero, la marquesa se levantó y le acompañó hasta la antesala.

—A Ems! dijo ella.

—A Ems! repitió Octavio.

Esta promesa fué sellada por un postrer beso; mas luego que Parisis oyó como se cerraba la puerta, murmuró descendiendo la escalera:

—No iré!

XIV.

LA ÚLTIMA CENA.

Por la noche Octavio queria marchar á Parisis. Fué detenido por Villeroy, el cual le dijo que Miravault y Monjoyeux querian comer con él.

Se recordará tal vez que en los primeros capitulos de este libro se han puesto en escena cuatro amigos de tendencias y carácter distintos que aspiraban,

Al Poder:—Villeroy,

A la Fortuna:—Miravault,

A la Gloria:—Monjoyeux,

Al Amor:—Parisis.

En aquella noche se encontraron cenando.

—Y bien, dijo Parisis, yo tengo razon; vivir enamorado y olvidado es la mayor dicha del mundo.

—Y sin embargo, replicó Monjoyeux, poner uno su firma en una obra maestra, en un libro, en una estatua, en un cuadro que cruzará los siglos, no es mucho mas agradable que todas esas horas perezosas pasadas á los piés de una mujer. Pero al fin y al cabo el duque de Parisis tiene razon: porque cuantos libros, cuantos cuadros, cuantas estatuas se tienen que

hacer para crear una obra inmortal! Me confieso vencido ante lo que afirma Octavio.

—Y yo tambien, dijo Villeroy, pues voy á confiaros un secreto. Ya sabeis que yo siempre habia soñado en el ministerio de negocios estrangeros. Pues bien: hé quemado mis naves despues de ejercer por espacio de veinte años la alta diplomacia. Ayer se me ofreció una embajada, y cometí la imprudencia de dejar comprender que profesaba teorías absolutas en política. Existe en Francia, un hombre que piensa, y un hombre que habla. Esto yo lo he comprendido demasiado tarde. No tengo rencor y debo confesar que el hombre que piensa y el hombre que habla son dos grandes maestros. No he querido humillarme ante mi mismo: he discutido palmo á palmo á la manera que combate el hombre cuya espada es buena. Por mas que mi nombramiento estuviera resuelto, el ministro me ha dicho que ya me avisaria. Nos hemos saludado con frialdad y hoy habreis leído en el Monitor, un nombre que no es el mio.

Monjoyeux felicitó á Villeroy.

—Estas derrotas, dijo, equivalen á victorias. Uno pierde su embajada, pero se gana á si mismo. He aquí un hombre libre: brindemos por vuestra libertad.

Miravault levantó su copa; mas con tristeza. Desde que habia empezado la cena parecia cuidadoso.

—En que piensa Miravault? preguntó Octavio.

—Mi buen amigo, respondió el hombre que aspi-

raba al dinero, pienso que yo tambien me siento vencido por vos.

—Lo sospechaba. Desde que os ví subir la escalera de la marquesa Danae, temblé por vuestros millones. Veamos: esta mesa es un confesionario: hablad!

Miravault dió un suspiro y rompió su copa.

XV.

HISTORIA DE UN HOMBRE QUE QUISO SER RICO.

Miravault habló así:

«*Mea culpa!* He desafiado el oro y hé sido ametrallado por el oro. He tenido mis rápidas ascensiones; mas de pronto he vuelto á caer en mi antiguo punto de partida.

»Oh! amigos míos! que *steaple-chase*, que carrera he dado al país del oro! Que estaciones mas dolorosas he tenido que hacer en tan fatigoso viage. Cuantas sonrisas dedicadas á los pilletes que se elévan sobre el nivel de los demás! Que generosos sentimientos es indispensable matar en el corazon de uno mismo! Y todo para no alcanzar el premio. Oh! si tuviese ahora que empezar, con que gusto me dirigiria á la tierra paterna donde viviria de nada, es decir de mi patrimonio! Os contaré mi historia en breves frases: yo tenia ochenta mil francos. Que quereis hacer con ochenta mil francos en Paris? Para un hombre decente no hay con que vivir un año. Y además: cuando uno se ha comido el capital no se disfrutan rentas; preferí no vivir mas que un día, antes que padecer

un año. Jugué á la bolsa con las máximas de Paris; recogí sus migajas y llegué á ganar cuatro millones.

»Pero que son cuatro millones cuando se tienen cuatro millones! Nadie se queda en mitad de la montaña: se quiere siempre subir, hasta que se llega á un punto en que cae.

»La fortuna me hizo mucha menos traicion que el amor. Parisis tenia razon y siempre la ha tenido. Cuando me vió enamorado de la marquesa Danae me dijo: «Tiene dientes postizos; mas esto no la impedirá el que te coma.» Y en efecto: me ha comido vivo.

»No se ganan cuatro millones en cuatro años, sin crearse enemigos y pleitos. Uno se deshace de los enemigos; mas, quien puede responder de que se deshará de los pleitos! Me asistia el derecho; pero sentia miedo. Habia perdido dos millones en negocios aventurados; habia creado un periódico para ser diputado; mas mi periódico mató mi candidatura. Edifiqué un castillo que acabó de perderme en la opinion de mis electores; era un castillo gótico; se juzgó que yo profesaba ideas antiguas, y que no aceptaba las teorías de 1789.

»Podia aun salvarme; pero la mujer es un mal compañero de viage que os separa siempre de vuestro camino, sobre todo, cuando la mujer se llama Aurelia.

»Un pleito me privaba del sueño. Como miembro de cierto consejo de administracion, podia ser conde-

nado por via de responsabilidad, á satisfacer muchas de lo que yo poseia.

»—Eres muy torpe, me dijo la marquesa, pon en mi nombre todo lo que posees. Yo no soy tú, y tú no eres yo?

»Esto es una pillada que se hace todos los dias. El demonio hablaba y yo le escuché.»

Al llegar aquí hubo un momento de silencio. Los amigos de Miravault se miraron, bien como si no le perdonaran aquella falta de buena fé.

—Como! obraste así?

Miravault irguió con orgullo su cabeza.

—Sí, porque mi conciencia se hallaba tranquila. Soy responsable como miembro de un consejo de administracion; pero no he cogido un cuarto en el negocio. Yo me dejé nombrar para poder alternar con las notabilidades financieras.

—Continua, dijo Parisis.

«—Ya he concluido, dijo Miravault con tristeza. El dia en que se ganó mi pleito,—lo creereis?—perdí mis dos millones; la marquesa me movia cuestiones por un alfiler; me colmó de reproches; me dijo que yo no la amaba; me probó que yo galanteaba á su doncella, es decir, á una pícara que se habia entendido con ella. Esto sucedia dentro el coche, y quise echarla por la portezuela; mas salí de él furioso, para no estrangularla. Por la noche fuí á su casa.

»—La señora no recibe!

»Entré.

»—Señora, no vengo á vuestra casa; vengo á casa de mis dos millones.

»—Vuestros dos millones! Hace ya tiempo que volaron. Los perdí en la bolsa!

»La cogí por los cabellos y la eché á mis piés. Gritó al asesino. Mi visita habia sido prevista: ví entrar dos hombres que vestian un paletó largo, los cuales me hicieron comprender que todo estaba perdido. Un poco mas, y me prenden por tentativa de asesinato.

»Nada habia que hacer: era indispensable guardar silencio.

»He aquí, amigos míos, la historia del dinero. De todos los que se lanzan á la vida á través de la juventud, el hombre que corre tras el dinero, es el mas desgraciado. No he tenido tiempo de vivir ni una hora. Cruzaba por entre las fiestas cual vosotros; pero los minutos siempre me gritaban: «Pierdes tu tiempo! Y trabajaba, trabajaba, trabajaba siempre! No tuve tiempo de ver morir á mi madre. No he tenido tiempo de admirar ninguna obra de arte de las que ilustraban mi palacio y mi castillo! No he tenido tiempo de admirar una puesta de sol! Que digo? ni siquiera he tenido tiempo de enamorarme! Que montaña la mia! Sin contar en que las fortunas de hoy, son como si fuesen vertidas en el tonel de las Danaides!»

—Miravault secó su frente.

—Adios, amigos míos, dijo levantándose. Me he

quedado digno de vosotros, y lo probaré. Voy á sumergirme para templarme: cuando me veais en la superficie del agua será señal de que soplará el buen viento. Adios, adios, adios!

Y como si fuera un loco, estrechó la mano de sus amigos y se alejó con rapidez.

—Pobre Miravault! exclamó Villeroy. Quien de nosotros habia de pensar que levantaba su castillo sobre arena!

—Yo, dijo Parisis; yo era mas rico sin dinero que él con sus millones, porque yo dominaba la mujer, mientras que él era dominado por ella.

XVI.

UN BRINDIS Á CASTILLOS DE NAIPES.

Mientras Parisis hablaba así, entró Leon Ramée.

—Llegas á propósito: hace un instante habia cuatro heridos sobre el campo de batalla de la vida.

—Sí, dijo Monjoyeux: á la manera de Salomon, reconocemos que todo es vanidad, nada mas que vanidad; que la mujer es amarga; que la ambicion juega con naipes falsos; que la reputacion tiene demasiados caprichos y que la fortuna tiene golpes de teatro trágicos.

—Olvidasteis el trabajo! exclamó Leon Ramée, con noble orgullo.

—No conoceis el trabajo, prosiguió; es la musa de la mañana que os despierta todas las mañanas con dulzura, que os guía al taller, en la aureola de los sueños, que os coloca el pincel en la mano hablando de Rafael, que os canta la hermosa cancion de la alondra y que os dice á todas horas, que el Arte constituye igualmente un reinado.

Parisis estrechó la mano de Leon Ramée.

—Todo cuanto dices es muy bello; nunca te he visto tan brillante y tan entusiasta!

—Es porque acabo de ser nombrado miembro del Instituto.

Se brindó por segunda vez á la salud de Leon Ramée.

—Por el trabajo! exclamaron con una viva expansion de amistad.

—Está bien, dijo Parisis; mas no olvides, mi querido Leon, que Rafael no fué miembro del Instituto.

XVII.

UNA CONVERSACION DE VIERNES.

En cierta noche de un viernes, todo Paris se hallaba en el concierto de los Campos Eliseos, es decir en el concierto Musard como se titula, porque en Francia los reinados alcanzan siempre un mañana.

Monjoyeux y Ramée habian ido al Teatro Francés.

Parisis y Villeroy fueron al concierto, no para oír la música, sino para ver algunas de sus amigas. Había tanta gente que apenas si dos circunstantes podían pasearse de frente. En los palcos del proscenio se veían, envueltas entre la humareda de los cigarreros, hermosas y grandes damas. Se disputaban las localidades no para ver el espectáculo, sino para ponerse en espectáculo; así es que los paseantes no veían mas que la parte superior del cesto. Algunas mujeres de la clase media habian querido hacer, como las grandes damas su cesto de flores; pero hacían rafnilletes como los de la fuente de los Inocentes. Las que eran aficionadas á la música, se habian acercado, como de costumbre, hácia la orquesta, creyendo ton-

tamente que el concierto de los Campos Eliseos era un concierto y no un salón.

Verdad es que tenían razón, puesto que no se hallaban atizadas por este demonio parisiense que dice á las señoras mejor nacidas: «Representais un papel: entrad en escena.»

Los amigos que conocían todo esto, cogieron por asalto un puesto algo difícil: cogieron dos sillas en la puerta y se improvisaron con ellas un proscenio, situado delante del proscenio, dispuestos á desafiar no solo los murmullos de las mujeres sino las observaciones de los hombres.

Se habian sentado sin saberlo frente al círculo de la duquesa de Campagnac; los circunstantes se enfadaron; mas como no dudó de que Parisis se habia colocado allí para admirar sus bellos ojos, los apaciguó haciendo una seña con su abanico y los murmullos cesaron.

Cuando vió á la señora de Campagnac, Parisis la saludó sonriendo y obligó á la hermosa duquesa á colocarse en el proscenio junto con una de sus amigas, la señora d'Aprémont, llamada por otro nombre la de Boca-Grande, aunque tuviese una boquita verdaderamente adorable. Mas cuando se tienen hermosos dientes necesario es morder al prójimo, sobre todo cuando no se tiene amante. Cuántas mujeres son malas porque no se las ha dado ocasión de ser buenas!

—Señor de Parisis, dijo la señora d'Aprémont á Octavio —pues los dos se conocían perfectamente—

ya que tenemos la buena fortuna de encontraros con el señor de Villeroy, que no vale mas que vos, hacernos el obsequio de trazarnos algunos retratos por el estilo de los de La Bruyere y La Rochefoucauld.

—Los trazaremos despues de vos, señora.

—Oh! yo no sé morder.

Y mostró sus treinta y dos dientes, treinta y dos perlas finas, sin que entre ellas hubiese una perla negra.

—Creed, dijo, que desde que he puesto dos muelas del juicio, no me conozco á mí misma.

Pero como no se pueden vencer los buenos hábitos, dijo, viendo pasar una mujer irreprochable del brazo de su marido:

—Hé ahí una mujer tan perfecta como las tragedias de Racine: por esto sin duda carga tanto. Ella es quien canta tan bien aquello de:

Llueve, llueve pastorcilla....

—No sois partidaria de los compromisos, señora? preguntó Rodolfo de Villeroy.

—Nó, una mujer que dice: *Llueve llueve pastorcilla*, me subleva. Si yo fuera su esposo pediría el divorcio.

—Estais severa, dijo Parisis; á todo evento yo preferiria una mujer que entonase el *Llueve llueve pastorcilla* antes que un tenor cantando en el dormitorio de mi esposa.

—Chist! hizo la señora de Campagnac; allí teneis la mujer del tenor.

—Por qué chist! dijo la hermosa amiga de la duquesa; por ventura decia ella chist! al tenor cuando cantaba?

—Parece que no tenia mucha voz, puesto que solo cantó un duo con ella, la cual le despidió á las dos primaveras.

—La pobre señora, observó Villeroy, habia perdido dos años de su vida; dos años! es decir setecientos treinta dias estudiando los cuatro tenores de Paris. Por fin eligió el que tenia peor método.

—De todos modos, exclamó Parisis, necesario es que las mujeres tomen lecciones de contrapunto y de fuga.

—Redoblad, tambores, dijo Villeroy; he aquí un monumento de otra edad; cuando se ha sido hermosa se es siempre bella: las ruinas conservan su grandeza y su carácter.

—Hoy es como la viuda de Malabar: está de luto por su marido y por su amante. Recordaré siempre las palabras de su marido cuando la hubo plantado su amante. «Lloras, querida! eres muy buena: siempre te dije que ese hombre nos engañaria!»

—Los maridos de hoy dia, observó Parisis —hubiera dicho esto antes de estar casado?— hacen representar un papel ridículo al amante. Por ejemplo: hé aquí un hombre de talento pasando con su mujer que ha tenido su cuarto de hora mas ó menos platónico. El marido protegía mucho al amante; tenia un gusto en verle llevar el abanico, la mantilla y el perro de

la señora; este era quien pedía los criados, quien se precipitaba al estribo del coche, quien leía los libros piadosos. El marido era aficionado á la ópera vista desde los bastidores; no se inquietaba por las nubes que cruzaban en el sereno azul del himeneo. Sabía que su mujer era una valiente criatura que, como todas las mujeres, tenía sus días de revuelta al cruzar el cabo de las tempestades, después de lo cual ella volvería á sus brazos más reconocida y amorosa que nunca. Cierta día el amante percibió que la dama había cogido un tren de placer y que se había marchado á las orillas del Rhin con un joven pisaverde perteneciente á la nobleza. Dios sabe lo que se indignó el amante. Al amor le pintan ciego desde los tiempos más remotos. Fué á encontrar al esposo y le dijo que no debía permitir á su mujer el viajar de este modo. «Sentís mucho esto?» preguntó el marido soltando la carcajada y riéndose del que así quería defender la honra de su casa.

—Sí, dijo Rodolfo de Villeroy, el siglo diez y nueve es el siglo de los maridos. Lo ven todo y se burlan de todo.

—Escepto aquel célebre sabio que cruza por allí con su mujer y sus dos hijas, una de esas mujeres inmaculadas que han pisado las nevadas cumbres. Nunca falta al sermón: si no va por ella vá á él por sus hijas. Y en efecto: luego que sus hijas se hallan sentadas frente la sagrada cátedra, ella cambia de parroquia, se dirige á otro sermón, sube de cuatro en

cuatro los peldaños y encuentra en un cuarto piso á un joven abogado que la seduce con su elocuencia. Durante este tiempo el astrólogo se deja caer en un pozo.

—En un pozo! dijo la señora de los treinta y dos dientes: se deja caer en brazos de una estrella, de una hermosa costurera. Les he visto á los dos cogidos del brazo como iban á observar los astros.

—Saludad, Villeroy á la reina de las Abejas: las ranas piden siempre un rey, la abejas piden siempre una reina. Esta reina de las abejas nos llega de muy lejos; pero es más parisiense que las parisenses nacidas en el boulevard de Capuchinos. Reina con imperio sobre la moda y el talento: ella dá el tono; las envidiosas lo califican de mal tono, pero lo cierto es que lo imitan. En otro tiempo había la moda del rey y de la reina; hoy solo hay la moda de la princesa de M....

—Sí, y la sabe marcar perfectamente.

La princesa saludó el grupo con su gracia de costumbre.

—No tiene miedo de nada, observó Parisis, porque no tiene miedo de sí misma.

Cruzó una joven rúbia.

—No es como esa mujer sentimental que convierte en máscara su abanico; tanto teme el descubrir su corazón. Mirad bien: se anima y palidece luego cuando vé pasar ese ayudante de campo que fué un héroe en la guerra y que es un mal soldado en el amor.

—Por qué estas dos mujeres no se dejan nunca?

—Porque son sacerdotisas de Lesbia, como en otro tiempo Ninon y la Maintenon.

—Y aquella otra mujer colorada porque está allí sola en frente de nosotros?

—Espera que alguien se le acerque. Desde que fué echada del Paraíso por el mismo Adán, silva como la serpiente.

—Hoy es la fiesta de las coloradas! Fontanges estaría de moda. Quien se ha sentado en este sillón? preguntó la señora Daumont.

—Es una habanera; un diablo á cuatro que hace del matrimonio la vida á tres.

—Ahora veo que el imperio de la moda no pertenece á las parisienses. Ved sino todas esas italianas, Españolas y Americanas. El Océano ha echado sus olas hasta las orillas del lago.

—Esta es la secreta fuerza de Paris: convertir en parisienses á todas las mujeres del globo.

—Hola! aquí viene la hermosa de las hermosas. Ha bajado de su carro triunfal y anda con la soberanía de la cola de su trage y de su fatuidad heráldica.

—Qué se ha hecho de su hermana? preguntó la duquesa.

—Se sabe lo que es de las lunas viejas? exclamó Villeroy. La mujer á la moda es comp la luna: se renueva todos los meses. Así la mujer de moda tiene no sé qué de la inconstancia de la luna creciente y men-

guante en sus pasiones ó en sus caprichos, no solo todos los meses sino todas las horas.

—Todas las mujeres no son lunáticas. Cuantas hay que son ángeles de dulzura y de virtud, de gracia y de caridad!

—No conozco sino una, empezando por mí, dijo la señora de Apremont.

—El que quisiese hacer la historia de las contradicciones haría la historia de la mujer, dijo Parisis. En efecto: la lógica de la mujer consiste en ser ilógica: no triunfa sino por lo imprevisto; no es perfecta mas que con sus imperfecciones y es divina solo porque es humana.

—No veis allí á la señora... que llora aun su primer amor porque no ha encontrado el segundo?

—El amor es un templo en ruinas; no se cojen en él mas que las flores de la muerte. Los romanos tenían razon en llevar al templo de Venus todo lo que se necesitaba para los funerales de los muertos, pues nada consume con tanta rapidez la vida—la vida del alma—como la voluptuosidad.

—Ved allá abajo aquella cómica y aquella duquesa que se miran desde lo alto de su desden mas ó menos teatral; esto, sin embargo, visten trages confeccionados por la misma modista, y las dos se hallan sugetas á las mismas condiciones de la naturaleza.

—Hallais sus trages inverosímiles?

—Nó, dijo la señora de Apremont: lo que son inverosímiles son las mujeres.

—*Impudicus habitus signum est adulteræ mentis.*

—La moda tiene siempre razon. Buonaparte dijo muy bien cuando dijo: «Cuando el francés se halla entre las uñas de un gendarme y el diablo, prefiere el diablo; mas cuando se halla entre el diablo y la moda, prefiere la moda.»

—Y sin embargo, segun se dice es el pueblo de mas chispa que en el mundo existe.

—El pueblo parisiense necesita siempre ídolos: cuales son los ídolos de hoy? preguntó la señora de Apremont.

—La mujer mas adorada, la mas grabada, la mas esculpida es una muerta: Maria Antonieta. Todo el mundo la ha levantado en su corazon, una capillita espiatoria: esto consiste en que se ha reconocido algo tarde, que su único crimen habia consistido en ser mujer bajo su corona de reina; crimen que hizo perdonar tan noblemente permaneciendo siempre reina cuando no era mas que mujer.

—Sí, por todas partes ha dejado su figura y su sello. La que será la figura de la Caridad en el siglo diez y nueve, se halla cercada por los muebles de Maria Antonieta, que son, necesario es decirlo, las mas bellas alhajas que se han trabajado. Pero no todas las verdaderas princesas han muerto. Cuantas hay que son la inspiracion, la gracia, el encanto de su tiempo! Hay una que esculpe con el gran arte de los italianos del renacimiento; hay otra que pasea su alma imperial y artista de la Rusia, por todos los

museos y salones de Europa; sé de otra que todos los domingos recibe, no con manchas de tinta en sus dedos, sino con manchas de colores en su blanca mano, pues pinta como un hombre.

Cruzaba una perla falsa.

—Esa jóven rubia, perdida en Lóndres y encontrada en Paris, dijo la señora de Apremont, se ha equivocado de puerta. Quién la dá sus caballos y sus cabellos? Hermosos cabellos y hermosos caballos!

—Lo ignora: usa el desenfrenado lujo de esas mujeres. Hay mas de uno que se ha arruinado por ella, aunque ella á su vez está siempre arruinada. Se ama á las pasiones como á los hijos: se las quiere mas que á uno mismo. Mas de un hombre se rehusa un coche de alquiler y regala una carretela á su querida.

Cruzaron dos mujeres célebres por su belleza y su amistad.

—Hé aquí, dijo Parisis, dos tunas del gran mundo, que tienen su córte y que abusan de ella; que han abierto un palacio Rambouillet para hablar en él el lenguaje verde, pero donde continúan siendo las mujeres mas honradas del mundo. Todo se convierte en humo. Cuantas hay que no hacen hablar de ellas como esa pálida duquesa que escucha allí abajo por entre las conversaciones de su grupo motivos de *Il Trovatore*, porque la música de Verdi la recuerda sus crímenes ocultos. De esta ni siquiera se sospecha: se le daría el Paraíso sin confesarse.

La señora de Campagnac recordó la Hora del Dia-

blo; sintió una repentina emoción que se tradujo en su rostro; mas únicamente hubo de notarlo Parisis.

En tanto que la mujer de las treinta y dos perlas soltaba la carcajada viendo pasar una americana que acentuaba demasiado las modas, Parisis dijo á la duquesa.

—Quereis aceptar mi brazo y dar la vuelta al mundo?

La duquesa obedeció sin contestar.

—Me odiais por completo, no es cierto? la preguntó Parisis despues de un breve silencio, estrechando la manecita de la duquesa.

Esta se estremeció.

—Pues yo, continuó el jóven inclinando su cabeza para hablar al oido de la duquesa, yo os amo.

Hubo otro instante de silencio.

—Yo os he odiado y os he amado, dijo ella; pero toda mi vida habrá consistido en una hora. Yo me creía la mujer mas virtuosa del mundo, yo no aspiraba mas que á las obras de caridad, yo no creía mas que en el amor divino. Yo he hallado con vos el amor del infierno: me ha consumido. Ignoro si la pobre Aliza se arrepintió al morir; pero yo, lo creeríais? yo no tengo bastantes fuerzas para arrepentirme. Siento horror hácia mi misma; pero me vuelvo con dulzura hácia mi crimen y permanezco en él abismada.

Parisis contemplaba á la duquesa: estaba pálida como la muerte; sus grandes ojos chispeaban y su corazon agitaba su seno.

—Queríais averiguar el secreto de mi alma y ya lo averiguasteis: ahora digamos mal del prójimo.

Parisis llevó la duquesa á su círculo; mas no permaneció con Villeroy. Había visto no léjos de allí á la marquesa de Fontaneilles y su hermana. Por mas que se hubiese despedido ya de ella no pudo evitar el ir á su encuentro.

—Os habia visto y os aguardaba, le dijo ella. Os creia en Parisis.

—Parto á media noche.

Y el jóven estrechó su mano.

—Ah! exclamó la marquesa con una pasion mal disfrazada, por mas que se encontrase allí su hermana: cuando partiré á Ems!

Ambos se estremecieron: una llama invisible corrió sobre ellos y los quemó.

En aquel momento fué cuando la señorita de Jozeuse, una vírgen que se hallaba aun entregada á Dios, descubrió su secreto.